

# **Charlie y el gran ascensor de cristal**

Roald Dahl

Ilustraciones de Quentin Blake

loqueleo

*Para mis hijas Tessa, Ophelia y Lucy  
y para mi ahijado Edmund Pollinger.*

## El señor Wonka va demasiado lejos

9

La última vez que vimos a Charlie, este volaba por encima de su ciudad natal en el gran ascensor de cristal. Apenas un momento antes, el señor Wonka le había dicho que toda la gigantesca y fabulosa fábrica de chocolate era suya, y ahora nuestro pequeño amigo regresaba triunfante con toda su familia para hacerse cargo de ella. Los pasajeros del ascensor –para refrescarles la memoria– eran:

Charlie Bucket, nuestro héroe.

El señor Willy Wonka, fabricante de chocolate extraordinario.

El señor y la señora Bucket, los padres de Charlie.

El abuelo Joe y la abuela Josephine, los padres del señor Bucket.

El abuelo George y la abuela Georgina, los padres de la señora Bucket.

La abuela Josephine, la abuela Georgina y el abuelo George aún seguían en la cama, y esta había sido empujada a bordo un momento antes de despegar. El abuelo Joe, como recordarán, se había levantado de la cama para acompañar a Charlie en su visita a la fábrica de chocolate.

10 El gran ascensor de cristal se hallaba a trescientos metros de altura, deslizándose suavemente. El cielo era de un brillante color azul. Todos los que iban a bordo estaban muy emocionados ante la idea de ir a vivir a la famosa fábrica de chocolate.

El abuelo Joe cantaba.



Charlie  
daba brincos.



El señor y la señora  
Bucket sonreían por primera  
vez en muchos años.

Y los tres ancianos en la cama se miraban sonriendo con sus rosadas encías desdentadas.



11

—¿Qué es lo que mantiene en el aire a este endemoniado aparato? —graznó la abuela Josephine.

—Señora —dijo el señor Wonka—, esto ya no es un ascensor. Los ascensores suben y bajan solo dentro de los edificios.

Pero ahora que nos ha

hecho subir hasta

el cielo, se ha

convertido en el

GRAN ASCENSOR

DE CRISTAL.

—¿Y qué es lo que lo mantiene en el aire? —preguntó la abuela Josephine.

—Ganchos celestiales —respondió el señor Wonka.



—Me asombra usted.

—Querida señora —dijo el señor Wonka—, todo esto es nuevo para usted. Cuando lleve un poco de tiempo con nosotros, nada le asombrará.

—Esos ganchos celestiales... —continuó la abuela Josephine—, supongo que dos de sus extremos están enganchados a este aparato, ¿verdad?

12

—Exacto.

—¿Y dónde están enganchados los otros dos extremos?

—Cada día me vuelvo más sordo. Por favor, recuerdenme que tengo que llamar a mi médico en cuanto volvamos.

—Charlie —dijo la abuela Josephine—, creo que no me fío demasiado de este caballero.

—Ni yo —añadió la abuela Georgina—. Es muy evasivo.

Charlie se inclinó sobre la cama y les susurró algo a las dos ancianas.

—Por favor, no arruinen todo. El señor Wonka es un hombre fantástico. Es mi amigo. Yo lo quiero.

—Charlie tiene razón —murmuró el abuelo Joe, uniéndose al grupo—. Cállate, Josie, y no nos crees problemas.

—¡Debemos darnos prisa! —exclamó el señor Wonka—. ¡Tenemos tanto tiempo y tan poco que hacer! ¡No! ¡Esperen! ¡Borren eso! ¡Denle la vuelta! ¡Gracias! Y ahora, ¡volvamos a la fábrica! —gritó, dando una palmada y saltando unos sesenta centímetros en el aire con ambos pies—. ¡Volvamos volando a la fábrica! Pero, antes de bajar, debemos subir. ¡Debemos subir cada vez más arriba!

13

—¿Qué les dije? —les preguntó la abuela Josephine—. ¡Este hombre está loco!

—Cállate, Josie —el abuelo Joe la reprendió—. El señor Wonka sabe exactamente lo que está haciendo.

—¡Está más loco que una cabra! —exclamó la abuela Georgina.

—¡Tenemos que ir más alto! —el señor Wonka no paraba de gritar—. ¡Tenemos que ir mucho más alto! ¡Sujétense el estómago! —Y apretó un botón marrón.

El ascensor se agitó convulsivamente y luego, con un tremendo sonido de succión, se elevó verticalmente como un cohete. Todos se aferraron unos a otros y, a medida que el inmenso aparato ganaba

velocidad, el rugiente sonido del viento se hizo cada vez más fuerte y cada vez más ensordecedor, hasta que se convirtió en un agudo chillido, y todos se vieron obligados a gritar para hacerse oír.

—¡Deténgalo! —gritó la abuela Josephine—. ¡Joe, obligalo a detenerlo! ¡Quiero bajarme!

—¡Sálvanos! —chilló la abuela Georgina.

14

—¡Baje! —le ordenó el abuelo George.

—¡No, no! —el señor Wonka se negó—. ¡Tenemos que subir!

—Pero ¿por qué? —preguntaron todos a la vez—. ¿Por qué subir y no bajar?

—¡Porque cuanto más alto estemos cuando empecemos a bajar, más deprisa iremos cuando choquemos! Debemos ir echando chispas de rápido cuando choquemos.

—¿Cuando choquemos contra qué? —gritaron todos.

—Contra la fábrica, por supuesto.

—¡Usted debe estar trastornado! —añadió la abuela Josephine—. ¡Nos haremos pedazos!

—¡Nos estrellaremos como huevos! —dijo la abuela Georgina.

—Ese es un riesgo que tenemos que correr.

—Bromea usted —dijo la abuela Josephine—. Díganos que está bromeando.

—Señora, yo nunca bromeo.

—¡Oh, queridos! —gritó la abuela Georgina—. ¡Nos *lixivaremos* todos y cada uno de nosotros!

—Es lo más seguro —dijo el señor Wonka.

La abuela Josephine dio un grito y desapareció debajo de las sábanas. La abuela Georgina se aferró tan fuertemente al abuelo George que este cambió de forma. El señor y la señora Bucket se abrazaron, mudos de miedo. Solo Charlie y el abuelo Joe mantuvieron moderadamente la calma. Conocían mucho mejor al señor Wonka y ya se habían acostumbrado a las sorpresas. Pero a medida que el gran ascensor seguía ascendiendo a toda velocidad, cada vez más lejos de la Tierra, hasta Charlie empezó a ponerse un poco nervioso.

—¡Señor Wonka! —gritó por encima del estruendo—. Lo que no comprendo es por qué tenemos que bajar a una velocidad tan tremenda.

—Mi querido muchacho, si no bajamos a una gran velocidad, jamás conseguiremos atravesar el tejado de la fábrica. No es fácil hacer un agujero en un tejado tan resistente como ese.

—Pero en el tejado ya hay un agujero. Lo hicimos al salir.

—Entonces haremos otro. Dos agujeros son mejor que uno. Cualquiera puede decírtelo.

El gran ascensor de cristal subía cada vez más alto, y no tardaron en ver los países y océanos de la Tierra extendiéndose debajo de ellos como un mapa. Era todo muy hermoso, pero cuando se está de pie en una plataforma de cristal, mirar hacia abajo puede resultar muy desagradable. Hasta Charlie empezaba a estar asustado. Agarró fuerte la mano del abuelo Joe y lo miró con ansiedad.

—Tengo miedo, abuelo.

El abuelo Joe abrazó a Charlie y lo estrechó contra sí.

—Yo también, Charlie.

—¡Señor Wonka! —gritó Charlie—. ¿No cree que ya hemos subido lo suficiente?

—Casi, casi. Pero no del todo. No me hablen ahora, por favor. No me molesten. Tengo que vigilarlo todo con mucha atención. Coordinación absoluta, muchacho, eso es lo que necesitamos. ¿Ves este botón verde? Debo apretarlo exactamente en

el momento preciso. Si lo hago con un segundo de retraso, subiremos demasiado alto.

—¿Qué ocurre si subimos demasiado alto?  
—preguntó el abuelo Joe.

—¡Por favor, cállense y dejen que me concentre!

En ese momento la abuela Josephine sacó la cabeza de debajo de las sábanas y miró desde el borde de su cama. A través del suelo de cristal vio América muchísimos kilómetros más abajo, no más grande que un caramelo.

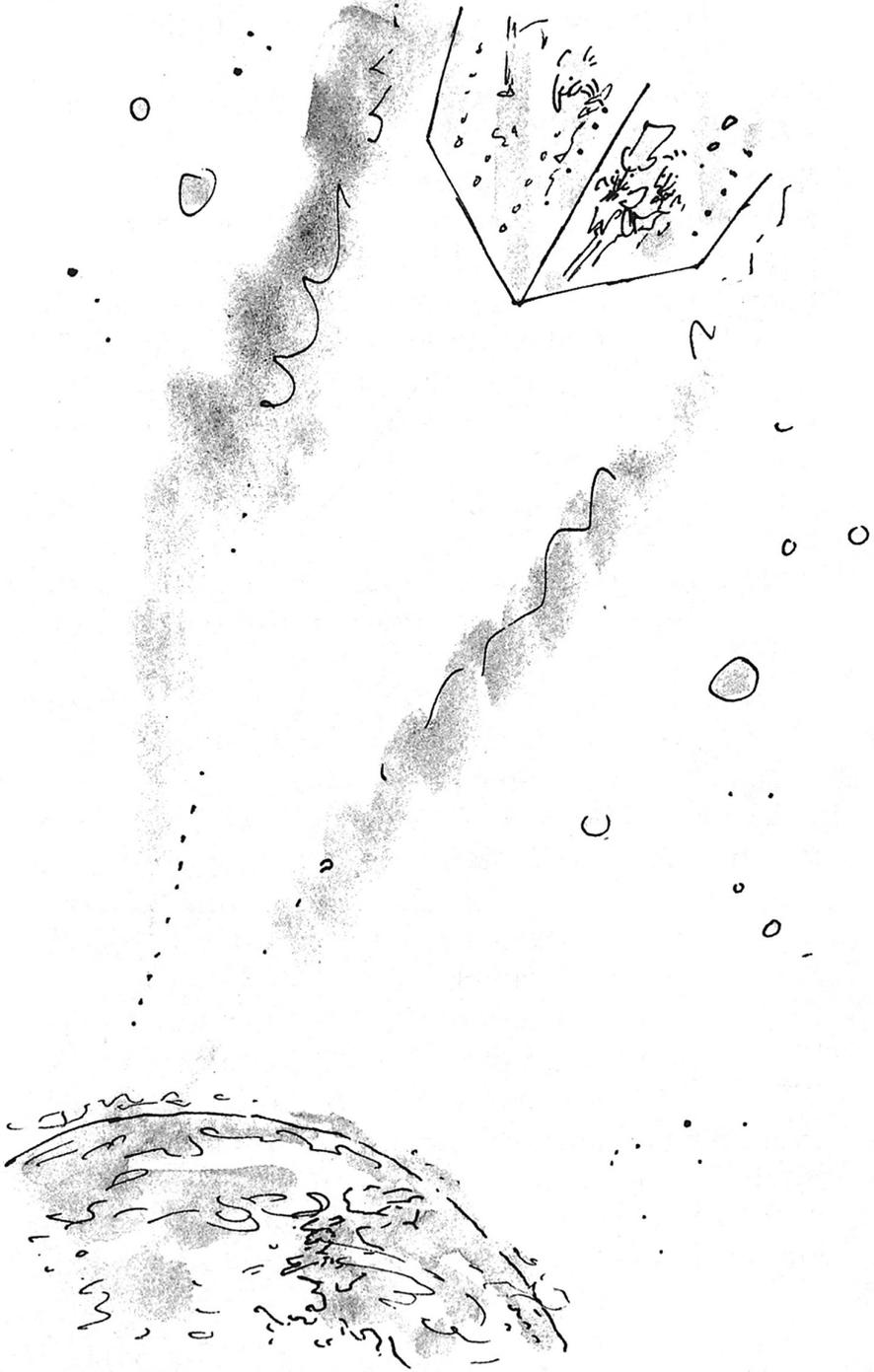
—Alguien tiene que detener a este maniático —chilló, y con su arrugada mano, agarró al señor Wonka por la cola de su frac y lo hizo caer sobre la cama.

—¡No, no! —gritó este, luchando por liberarse—. ¡Suélteme! ¡Tengo cosas que hacer! ¡No moleste al piloto!

—¡Usted está loco! —chilló la abuela Josephine, sacudiendo tanto al señor Wonka que su cabeza se hizo borrosa—. ¡Llévenos a casa inmediatamente!

—¡Suélteme! ¡Tengo que apretar ese botón o subiremos demasiado! ¡Suélteme! ¡Suélteme!

Pero la abuela Josephine no lo soltó.



—¡Charlie! —gritó el señor Wonka—. ¡Aprieta el botón! ¡El verde! ¡Deprisa, deprisa!

Charlie dio un salto y apretó con todas sus fuerzas el botón verde. Pero al hacerlo el ascensor lanzó un poderoso gemido y se tumbó sobre un costado, y al ensordecedor sonido del viento lo sucedió un silencio ominoso.

—¡Demasiado tarde! —gritó el señor Wonka—. 19  
¡Oh, Dios mío, estamos listos!

Mientras hablaba, la cama, con los tres viejos adentro y el señor Wonka encima, se elevó suavemente del suelo y quedó suspendida en el aire. Charlie, el abuelo Joe y el señor y la señora Bucket también empezaron a flotar hacia arriba, de modo que en menos de lo que canta un gallo la familia completa, además de la cama, estaba suspendida como globos de gas dentro del gran ascensor de cristal.

—¡Y ahora mire lo que ha hecho! —dijo flotando el señor Wonka.

—¿Qué ha pasado? —exclamó la abuela Josephine. Había salido flotando de la cama y se balanceaba en camisón cerca del techo.

—¿Hemos ido demasiado lejos? —preguntó Charlie.

—¿Demasiado lejos? —gritó el señor Wonka—.  
¡Ya lo creo que hemos ido demasiado lejos! ¿Saben  
lo que ha pasado, amigos míos? ¡Hemos entrado  
en órbita!

Los demás se quedaron mirándolo sin aliento.  
Estaban demasiado asombrados para hablar.

20



—En este momento estamos girando alrededor  
de la Tierra a diecisiete mil kilómetros por hora  
—dijo el señor Wonka—. ¿Qué les parece?

—¡Me ahogo! —gritó la abuela Georgina—. ¡No puedo respirar!

—Claro que no puede. Aquí no hay aire. —Se acercó, como nadando por debajo del techo, a un botón que decía oxígeno. Lo apretó—. Ahora ya no tendrán problemas. Respiren.

—Es una sensación muy extraña —dijo Charlie, nadando en derredor—. Me siento como una burbuja.

21

—¡Es fantástico! —exclamó el abuelo Joe—. Me siento como si no pesara nada.

—Así es —dijo el señor Wonka—. Ninguno de nosotros pesa nada. Ni siquiera un gramo.

—¡Qué tontería! —dijo la abuela Georgina—. Yo peso setenta y dos kilos exactamente.

—Ahora no —le explicó el señor Wonka—. No pesa usted absolutamente nada.

Los tres ancianos, el abuelo George, la abuela Georgina y la abuela Josephine, intentaban desesperadamente volver a la cama, sin conseguirlo, ya que esta flotaba en el aire. Ellos, por supuesto, también flotaban, y cada vez que lograban ponerse encima de la cama e intentaban acostarse, simplemente se elevaban flotando. Charlie y el abuelo Joe se morían de risa.

—¿Dónde está el chiste? —preguntó enfadada la abuela Josephine.

—Por fin hemos conseguido que salgan de la cama —se rio el abuelo Joe.

—¡Cállense y ayúdennos a volver! —ordenó la abuela Josephine.

22 —Olvidenlo —pidió el señor Wonka—. Nunca lo conseguirán. Confórmense con flotar.

—¡Este hombre está loco! —gritó la abuela Georgina—. ¡Tengan cuidado, o nos *lixivará* a todos!

## Hotel Espacial USA

El gran ascensor de cristal del señor Wonka no era lo único que estaba orbitando la Tierra en ese preciso momento. Dos días antes, los Estados Unidos habían lanzado con éxito su primer hotel espacial, una gigantesca cápsula en forma de salchicha que medía no menos de trescientos metros de largo. Se llamaba Hotel Espacial USA, una maravilla de la era espacial. Adentro tenía una cancha de tenis, una piscina, un gimnasio, una sala de juegos para niños y quinientas habitaciones de lujo, cada una de ellas con su baño privado. El hotel gozaba de aire acondicionado en toda su extensión. También estaba equipado con un aparato que producía gravedad, de modo que allí adentro no se flotaba. Se podía caminar normalmente.

Este extraordinario objeto giraba ahora alrededor de la Tierra a una altura de doscientos cuarenta

kilómetros. Los huéspedes subían y bajaban de allí por medio de un servicio de pequeñas cápsulas, proyectadas desde Cabo Kennedy cada hora de lunes a viernes. Pero hasta el momento no había nadie a bordo, ni siquiera un astronauta. Esto se debía a que nadie creía realmente que una cosa tan enorme llegara a elevarse del suelo sin estallar.

24

Pero el lanzamiento había sido un gran éxito, y ahora que el hotel espacial ya estaba en órbita había una gran actividad para enviar allí a los primeros huéspedes. Se rumoreaba que el presidente de Estados Unidos en persona iba a estar entre los primeros que residieran en el hotel, y, por supuesto, mucha gente en todo el mundo se apresuraba a reservar habitaciones. Varios reyes y reinas habían enviado telegramas a la Casa Blanca, en Washington, para efectuar sus reservas, y un millonario de Texas llamado Orson Cart, que estaba a punto de casarse con una estrella de Hollywood llamada Helen Highwater, ofrecía cien mil dólares al día por la suite nupcial.

Pero no se puede enviar clientes a un hotel a menos que haya allí mucha gente para ocuparse de ellos, y esto explica por qué había otro interesante

objeto orbitando la Tierra en aquel momento. Este era la enorme cápsula conmutadora que contenía al personal completo del Hotel Espacial USA. Allí había directores, ayudantes de directores, conserjes, camareras, botones, criadas, reposteros y porteros. La cápsula en que viajaban estaba dirigida por los tres famosos astronautas Shuckworth, Shanks y Showler, todos ellos guapos, inteligentes y valientes.

25

—Dentro de una hora exactamente —dijo Shuckworth, hablando a los pasajeros por el altavoz— nos acoplaremos con el Hotel Espacial USA, que será su hogar durante los próximos diez años. Y en cualquier momento a partir de ahora, si miran hacia adelante, podrán distinguir esta magnífica nave espacial. ¡Ajá! ¡Ya veo algo! ¡Esta debe de ser, señores! ¡Sin duda, allí hay algo, justo delante de nosotros!

Shuckworth, Shanks y Showler, junto con los directores, ayudantes de directores, conserjes, camareras, botones, criadas, reposteros y porteros, miraron muy excitados por las ventanas. Shuckworth disparó un par de pequeños cohetes para hacer que la cápsula fuera más deprisa, y pronto estuvieron cerca del objeto.

—¡Eh! —advirtió Showler—. Ese no es nuestro hotel espacial.

—¡Santo cielo! —gritó Shanks—. En nombre de Nabucodonosor, ¿qué es eso?

—¡Rápido! ¡Denme el telescopio! —ordenó Shuckworth. Con una mano enfocó el telescopio y con la otra hizo girar el botón que lo conectaba con Control de Tierra.

—¡Llamando a Houston! —gritó por el micrófono—. Aquí arriba está ocurriendo algo extraño. Hay un objeto que está orbitando delante de nosotros, y no se parece a ninguna nave espacial que yo haya visto nunca, ¡puedo asegurárselo!

—Describanlo inmediatamente —ordenó Control de Tierra, en Houston.

—Es... es todo de cristal, tiene una forma cuadrada, ¡y está lleno de gente! ¡Todos están flotando como peces en una pecera!

—¿Cuántos astronautas a bordo?

—Ninguno. ¡Es imposible que sean astronautas!

—¿Por qué dice eso?

—¡Porque al menos tres de ellos están en comisión!

—¡No sea estúpido, Shuckworth! ¡Contrólese, hombre! ¡Esto es cosa seria!

—¡Se lo juro! ¡Tres de ellos llevan camisón! ¡Dos ancianas y un anciano! ¡Puedo verlos claramente! ¡Caray, son más viejos que Moisés! ¡Deben de tener como noventa años!

—¡Usted se ha vuelto loco, Shuckworth! ¡Queda despedido! ¡Páseme con Shanks!

27

—Aquí Shanks. Escuchen bien, Houston. Podemos ver a tres viejos flotando dentro de esa absurda caja de cristal, y a un hombrecillo extraño con una barba puntiaguda que lleva un sombrero de copa negro y una chaqueta de terciopelo color ciruela, y pantalones verde botella...

—¡Basta! —cortó.

—Un momento —dijo Shanks—. También hay un niño de unos diez años.

—¡Ese no es un niño, idiota! —gritó Control de Tierra—. ¡Es un astronauta disfrazado! ¡Es un astronauta enano disfrazado de niño! ¡Y esos viejos también son astronautas! ¡Todos están disfrazados!

—Pero ¿quiénes son? —gritó Shanks.

—¿Cómo diablos vamos a saberlo? —dijo Control de Tierra—. ¿Se dirigen a nuestro hotel espacial?

—¡Allí es exactamente a donde se dirigen! Puedo distinguir el hotel espacial a un kilómetro de distancia.

—¡Lo harán estallar! —gritó Control de Tierra—. ¡Esta es una situación desesperada! Esto es...

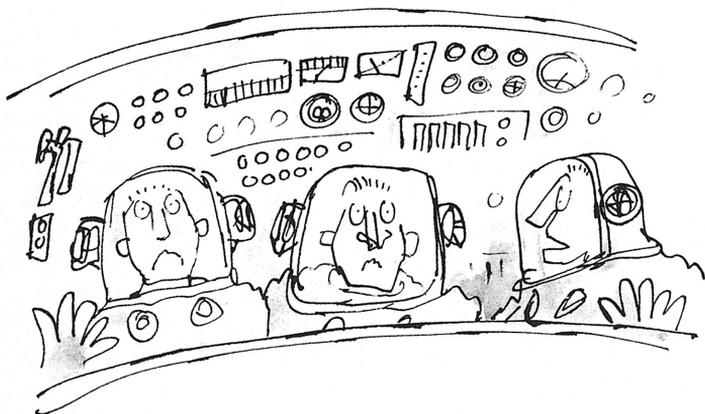
De pronto la comunicación se interrumpió y Shanks oyó una voz muy diferente en sus auriculares. Era profunda y carraspeante.

—Yo me encargaré de esto —dijo la voz profunda y carraspeante—. ¿Está usted allí, Shanks?

—Claro que estoy aquí. Pero ¿cómo se atreve a interrumpirnos? No meta sus narizotas en esto. De todos modos, ¿quién es usted?

—Soy el presidente de los Estados Unidos.

—Y yo soy el Mago de Oz. ¿A quién quiere engañar?



—¡Déjese de estupideces, Shanks! —gritó el presidente—. ¡Esto es una emergencia nacional!

—Dios santo. —Shanks se volvió hacia sus compañeros—. Realmente es el presidente. ¡Es el presidente Gilligrass en persona! ¡Hola, señor presidente! ¿Cómo está usted?

—¿Cuántas personas hay en esa cápsula de cristal? —carraspeó el presidente.

—Ocho. Todas flotando.

—¿Flotando?

—Aquí estamos fuera de la influencia de la gravedad, señor presidente. Todo flota. Nosotros mismos estaríamos flotando. ¿No lo sabía?

—Claro que lo sabía. ¿Qué más puede decirme acerca de la cápsula de cristal?

—Hay una cama adentro. Una gran cama matrimonial, y también está flotando.

—¿Una cama? ¿Quién ha oído hablar de una cama en una nave espacial?

—¡Le juro que es una cama!

—Usted debe de estar loco, Shanks. Loco de atar. ¡Déjeme hablar con Showler!

—Aquí Showler, señor presidente. —Showler le quitó el micrófono de las manos a Shanks—.

Es un gran honor hablar con usted, señor presidente.

—¡Oh, cálese! —dijo el presidente—. Límitese a decirme lo que ve.

—Pues sí, señor presidente, es una cama. Puedo verla con mi telescopio. Tiene sábanas, y mantas, y un colchón...

30

—¡Eso no es una cama, imbécil! —gritó el presidente—. ¿Es que no comprenden que se trata de una trampa? ¡Es una bomba! ¡Es una bomba que parece una cama! ¡Van a hacer estallar nuestro magnífico hotel espacial!

—¿Quiénes, señor presidente? —preguntó Showler.

—¡No hable tanto y déjeme pensar! —ordenó el presidente.

Hubo unos momentos de silencio. Showler esperó nerviosamente. Lo mismo hicieron Shanks y Shuckworth. Y también los directores, ayudantes de directores, conserjes, camareras, botones, criadas, reposteros y porteros. Y en el inmenso Centro de Controles, en Houston, cien controladores permanecieron inmóviles frente a sus diales y monitores, esperando las órdenes del presidente.

—Se me acaba de ocurrir una cosa —dijo el presidente—. ¿No tienen una cámara de televisión en la parte delantera de su nave espacial, Showler?

—Ya lo creo, señor presidente.

—¡Entonces enciéndala, zopenco, y deje que todos nosotros podamos ver ese objeto!

—No se me había ocurrido. No me extraña que sea usted el presidente. ¡Allá va!

31

Alargó una mano y puso en funcionamiento la cámara de televisión que había en la parte delantera de la nave, y en aquel momento quinientos millones de personas en todo el mundo, que habían estado escuchando la radio, corrieron a encender sus televisores.

En sus pantallas vieron exactamente lo mismo que Shuckworth, Shanks y Showler: una extraña caja de cristal en órbita alrededor de la Tierra, y dentro de la caja, no muy claramente visibles, pero visibles de todos modos, siete adultos y un niño pequeño y una gran cama matrimonial, todos flotando. Tres adultos iban con las piernas descubiertas y llevaban camisón. Y a lo lejos, más allá de la caja de cristal, los espectadores pudieron ver la enorme y brillante silueta plateada del Hotel Espacial USA.

Pero todo el mundo estaba mirando a la siniestra caja de cristal y a su tripulación de siniestras criaturas —ocho astronautas tan fuertes y resistentes que ni siquiera necesitaban trajes espaciales—. ¿Quiénes eran y de dónde venían? Y, en nombre del cielo, ¿qué era ese objeto de aspecto aterrador camuflado como una cama matrimonial? El presidente había dicho que era una bomba, y lo más probable era que tuviese razón. Pero ¿qué iban a hacer con ella? A lo largo de América, Canadá, Rusia, Japón, India, China, África, Inglaterra, Francia y Alemania, y en todo el resto del mundo, empezó a cundir el pánico entre los espectadores de televisión.

—¡Manténgase alejado de ellos, Showler! —ordenó el presidente a través de la radio.

—¡Ya lo creo que lo haré, señor presidente! —contestó Showler—. ¡Puede estar seguro!